

Redacción

Excursión a Cáceres: resume en menos de dos folios los acontecimientos del viaje.

Hoy hemos salido de excursión a Cáceres, para repetir la que hicimos con la señorita Manolita pero más a nuestro aire. Aunque hayan pasado más de treinta años Ana Varela ha venido con la misma cara de jovencita que tenía en el cole. Los más tardones hemos llegado cuando los demás acababan de cenar, con la ventaja de que hemos podido pedir lo que estaba más rico. Algunos se han empeñado en ver monumentos, pero los que nos los sabíamos de la vez anterior nos hemos ido a una discoteca para mayores donde Eva Batalla ha llamado “hijo” al camarero. Los que más se reían eran Jorge Pallarés, que tiene pinta de niño, y la gamberra de Silvia Murube, aunque la que se ha quedado sin voz ha sido Amparo Gassent. Carmen Compte y Juan Manuel de la Torre se decían secretitos en una esquina. Todos nos hemos acostado tarde, unos más que otros, y nos hemos hecho un lío yendo de la suite presidencial a la habitación de la cama con dosel. Gonzalo Salafranca ha dado varias vueltas corriendo al hotel para ver si encontraba el depósito, la casa y las piedras... sin éxito. Por la mañana hemos visto pájaros y bichos, y Alicia Lafora se los sabía todos. Lo mismo se hace veterinaria, aunque yo prefiero que haga Medicina para curarnos la alergia cuando vamos en primavera a su finca de Majadahonda. En el Museo Vostell de Malpartida la guía se confundía con los latinajos (...es una obra sobre el tema “vanitas vanitatum” que, como su propio nombre indica, quiere decir “polvo eres”) pero como resultaba simpática nos hemos portado muy bien.

Durante la comida, como hacía mucho calor, Paloma Plaza, Roberto Hernández y yo nos hemos puesto por encima mi pañuelo como si fuera una tienda de campaña, así es que en vez de una insolación hemos cogido tres, pero más pequeñas. María Jesús Losada se ha apañado con el suyo para darse un aire de tapada mahometana; debe ser porque estamos estudiando el Islam y porque se preocupa por los infortunados y los marginados. No va a poder hacer carrera entre nosotros. A Fátima Anllo no parece que el sol le derritiera todo lo que sabe en general de la totalidad de las cosas.

Por la tarde nos hemos dado unos baños con gorro y con Luis Paz que estaba la mar de guapo. He echado de menos eso tan gracioso que hacía con las vocales, modulándolas con eructos, porque bajo el agua hubiera resultado espectacular. Limpitos y arreglados –alguno debía llevar ropa de Cebra, que es de la madre de Virginia Sedano- hemos bajado a cenar. Era el cumpleaños de Betty Figuera, que ha soplado las velas con mucho donaire, y le hemos regalado un cabás; a Pablo Tánago unos libros, por haber sido buen compañero y buen amigo, cosa que en el cole es más importante que ser empollón e incluso que hacer bien gimnasia. Aunque a Pablo el Paco le obligue a bajar desde la grada del gimnasio grande por la barandilla no se lo toma a mal y le tiene cariño. Más que las chicas después de que nos hiciera cantar a voces “Grita la cabra mee mee mee meeee...”, cosa que nos sentó muy mal. A Alfonso Arenillas y a Andrés Torrente les hemos dado un premio horroroso –un plato pintado, con su pie para tenerlo derecho y que no se deje de ver desde ningún rincón- por haber ganado el partido de golf a Manolo Romero y a Paco Villalba, aunque Paco decía que él “había ganado

individualmente". Debe ser porque lo mismo han hecho trampas, o por lo menos eso dicen los que han perdido. Ricardo Padrón no ha jugado, porque se ha hecho más formalito y ha dejado de ponerse las Ray-Ban y la cazadora de molar. Luego hemos proyectado fotos de cuando éramos más pequeños, aunque las de Letras salíamos poco porque como somos unas vagas no hemos mandado las nuestras. El Cotufo nos vigilaba desde la pantalla, pero como se ha ido a dormir pronto hemos podido trasnochar y bailar, aunque ha venido una señora con visones para quejarse del ruido y cerrar las ventanas. Es tonta y como se queje a Carlos Soria nos la vamos a cargar y nos van a castigar sin parar a la vuelta a tomar café, como en la excursión anterior. He bailado el pellico con Maite Basabe pero me he hecho un lío y no sé si he cosido como Menga o he tocado la pandereta como Bartolo. También he bailado suelto, como en el otro viaje, en el que me solté por primera vez en mi vida –esto es rigurosamente cierto-, pero esta me ha salido mejor y sólo me he resbalado dos veces. Juan Lozano me ha tirado de las trenzas pero no se ha chivado como cuando me hice pis en la clase cuatro. Como no estaba Fernando Villacorta, Miguelito Gutiérrez del Arroyo me ha hecho más caso, y aunque se case al final con Fernando creo que seguiremos jugando a los indios y a los vaqueros como siempre. Moncho Pallarés bailaba desmelenado pero en serio, y Alicia Pérez Mántaras lo mismo, pero a lo ganso. Debe de ser porque lo hace mejor que los demás, igual que Beatriz Aguilera y Graciela Porres, pero no quiere que demos pena. Dafne de la Torre lo hacía a lo pájaro elegante y Marta Romaní con mucha compostura. Al final hemos quedado como para que Patricia Baigorri nos restaure. También puede arreglarle el dedo a Margarita Bufalá, que se ha cortado con una ventana, y aunque se ha quedado sin un trozo eso no le ha quitado ni bondad ni belleza. Marta Pérez Payá se levantó poco pero decoró mucho, y Rosa Kraus también, pero con gafas –yo quiero unas como las tuyas, de las que agrandan los ojos-. Los de Olga López Carcelén, que son muy dulces, nos hablaban bajito para poner orden.

Sonia Landa ha quedado encargada de organizar el viaje del año que viene, que resultará tronchante, como ella. Siempre parece que se ríe con malicia del resto, pero nos elogia mucho para que estemos cómodos y nos creamos mejores.

Por la mañana hemos coincidido en la piscina con María Corrales y Pilar Rico, que nos decía cómo teníamos que bañarnos para hacerlo bien, que se nota que manda mucho en general. Y hemos vuelto en los coches despacito, como no queriendo llegar a casa nunca, pensando en que el año próximo volveremos a hacer otra excursión, y otra y otra, hasta que seamos unos viejos que se miren con el optimismo que garantizan los cuarenta pares de gafas que le saldrán a cualquiera que cuente nuestros nombres en este relato.

Sofía Rodríguez Bernis (promoción 1975)